

LIBROS

Homenaje a la Historia

Constituida en círculos concéntricos, dentro de los que se engloban los recuerdos superpuestos que componen los monólogos (contados al lector) de los dos protagonistas (actantes que desarrollan la historia a través de sus recuerdos), *La consagración de la primavera* (1), de Alejo Carpentier, resulta un voluminoso homenaje a la historia del siglo XX, con una especialísima y justificada tendencia al desarrollo temporal del término y el concepto de *Revolución*. Todo, en efecto, puede ser excusa en *La consagración de la primavera*. Todo, menos el canto apasionado que Carpentier ha querido esta vez entonar alrededor de acontecimientos históricos que la Historia acumula dispersos a través del siglo y que el novelista, escudándose una vez más en la ficción y sus inmensas posibilidades, concatena y cose a imagen y semejanza de sus propios intereses.

A veinte años vista, justamente ahora, la revolución cubana es, en *La consagración de la primavera*, la primera beneficiaria de la prosa de Carpentier. Incluso es muy posible que la novela trasunte una gran dosis de autobiografía que Carpentier, con la rara habilidad que todos le reconocemos, disimula, traspone y resuelve literariamente.

La consagración de la primavera supone, además, una profundización en la Historia, en la etiología de los grandes acontecimientos del siglo XX, que para Carpentier comienza en la Revolución de 1917 y acaba en la consagración de la Revolución cubana, pasando por las Brigadas Internacionales de la guerra civil española y por el espectáculo apocalíptico de la segunda guerra mundial. A través de Vera, bailarina rusa que



Alejo Carpentier.

toda su vida corre huyendo de la *Revolución*, nos da Carpentier una nueva oportunidad para asimilar la Revolución de Octubre y el París prebélico de la segunda conflagración mundial. A través de Enrique, arquitecto cubano con veleidades progresistas que busca su realización como revolucionario en

las Brigadas Internacionales, Carpentier nos introduce en el ambiente de la guerra civil española. Ambos, Vera y Enrique, irán por determinismo, huyendo de las revueltas que pueden conturbar sus relaciones, a parar a Cuba, donde —como es por todos sabido— la Revolución acaba por realizarlos y donde

se liberan finalmente de todos los demonios burgueses que, durante tanto tiempo, han estado socavando sus verdaderas personalidades. La anécdota la completa un amplio retrato de la burguesía criolla cubana, analfabeta hasta la médula y culpable —al fin y al cabo— del deterioro de la isla; y, sobre todo, el enorme bagaje de conocimiento musical que Carpentier pone en boca de Vera para explicar también la evolución en el pensamiento artístico de la bailarina.

El lector, sin embargo, no acaba de quedar convencido de los azares de la historia, de las posibilidades combinatorias de la anécdota que narra Carpentier: hay, en efecto, demasiadas casualidades en el firmamento novelesco de *La consagración de la primavera*. Casualidades que, muchas veces a lo largo de la lectura, devienen claramente trucos de experto narrador que, sin embargo, prestidigitan, con cierta monotonía e ingenuidad, sensaciones que el propio lector va trasegando conforme avanza el cántico de la consagración revolucionaria.

La novela, por tanto, en lo que se refiere especialmente al pensamiento épico que parece querer desarrollar, deviene también en composición maniquea: para el autor, tal como queda expuesta su cosmovisión en *La consagración de la primavera*, la Historia se divide en buenos y malos, en hipócritas y sinceros, en ángeles y demonios, en reaccionarios y revolucionarios. Es muy posible que este defecto aflore fundamentalmente en la puesta en escena de algunos personajes secundarios en la acción, que caen de lleno en la ingenuidad a la que nos venimos refiriendo.

La intención de Carpentier es, sin duda, loable desde un punto de vista estrictamente político, desde una perspectiva básicamente apostólica, por llamarla de alguna manera. Que un novelista de tal envergadura utilice la literatura, todos aquellos conocimientos intelectuales, filosóficos, musicales, históricos, etcétera, para conseguir un fin —la loa de la Revolución—, basándose en la inserción de episodios reales que corren parejos con la metamorfosis que pudiera sufrir una pieza como *La*

Madrid

Congreso de la cultura andaluza

Andalucía, el mayor potencial humano del resto del Estado español y casi de Cataluña, tiene una cultura. El carácter poco menos que axiomático de esta afirmación hace innecesaria la retahíla de nombres que a cualquiera se le ocurren (por ejemplo, en poesía: Bécquer, Juan Ramón, Antonio y Manuel Machado, Lorca, Cernuda, Aleixandre, Alberti, Prados, Altolaguirre, Moreno Villa...).

Así pues, en Andalucía hay una cultura y en la cultura un Congreso, pregonado por Antonio Gala hace un año en la mezquita cordobesa y ahora en Madrid toda la semana próxima.

Será una semana andaluza iniciada con la lectura del "Manifiesto cultural andaluz". Apenas una holandesa de quejío ("el estado lamentable porque atraviesa nuestro País Andaluz", "la diáspora incesante", "la inexistencia de instituciones y entidades culturales"...). Y las intervenciones de Luis Rosales, Antonio Domínguez Ortiz y Carlos Castilla del Pino.

El martes, en la Confederación de Cajas de Ahorros, debate sobre economía: Manuel Lagares, Santiago Roldán, José Acosta, Victorio Valle y Julio Alcaide.

El miércoles, exposición de artistas andaluces en Madrid: Duarte, Moreno Galván, Gárquez, Gordillo, Peinado, Pepi Sánchez, Rivera, Caballero, Vallejo, Valdivieso, Canales, Hernández, Vela, Montiel, Izquierdo, Carretero, Rodríguez, Burguillos, Quejidos, De la Casa, Parra, Díaz, Acquaroni, Quero, Calvo, Arjona, Viedma, García Asensio, Cañada, Torner, Leal, Perujo, Alcaraz, Ariza, Lasheras, Cobo, González, Gotor, García Ramos, Barragán, Matías Castro, Sycet, Belmonte, Vargas, Botí, Vázquez Díaz... (Galiarte, Galileo, 96.)

El 18, jueves, mesa redonda sobre Historia: Domínguez Ortiz, Aguilar Piñal, Lacomba, Calero, Bustos, Gutiérrez Contreras y Sánchez Jiménez.

El 19, proyección de cortometrajes andaluces en la Filmoteca. El 20, poesía en el Ateneo: Alberti, Aleixandre, Antonio Hernández, Núñez, Mariano Roldán, Azancot, Rubio, Ripoll, Caballero Bonald, Infante, Gala, etc. Cantará José Menese. ■ V. M. R.

(1) *La consagración de la primavera*, de Alejo Carpentier, 576 págs. Siglo XXI Editores, Madrid, 1978.

consagración de la primavera, de Igor Stravinsky, trascultrizada en la tierra mestiza del Caribe, es perfectamente lógico. Sobre todo, si ese novelista ha permanecido ideológicamente fiel a una determinada línea histórica, precisamente la que de manera repetitiva Carpentier reivindica. Que un novelista como Carpentier ponga a disposición de tal reivindicación todos aquellos procedimientos narrativos contemporáneos y clásicos que él maneja a la perfección, es perfectamente lícito y no empaña para nada las posibilidades literarias que **La consagración de la primavera** entraña desde un punto de vista crítico.

El reparo podía venir, sin duda, de la mano —también crítica— del lector que capta el **confetti** de la propaganda, el abalorio del apostolado que, consciente o inconscientemente, Carpentier nos revela en **La consagración de la primavera**. No obsta tal defecto para afirmar, una vez más, la lectura necesaria de **La consagración de la primavera**, aunque esta novela no llegue a superar **Los pasos perdidos** o **El siglo de las luces**, ni mucho menos **El acoso**. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Los testimonios de la guerra civil

Artur London fue uno de los brigadistas que, voluntariamente, participaron en nuestra guerra civil, al servicio de la República votada y querida por la mayoría de la sociedad española. Después, Artur London, que llegó a participar en el Gobierno de la República checoslovaca como viceministro de Asuntos Exteriores, tuvo que sufrir en su carne el fascismo; luego, perplejo, cargado de mayor angustia y más íntimo sufrimiento, la burocracia del Partido Comunista en el poder le torturaba física y moralmente. El estalinismo no cejaba en su empeño de mantener a los países de su área bajo el reino del miedo y la ausencia de libertades humanas.

Algunas de las acusaciones que pesaron sobre los catorce

inculpados en el proceso Sinas-ki, en el año 52, partían del hecho de haber participado como miembros de las Brigadas Internacionales en España, ya que esto —decían— les había permitido tomar contacto con las potencias enemigas.

Después de la rehabilitación en febrero del 56, poco antes del XX Congreso del PCUS —rehabilitación que no pudo llegar a once de ellos por haber sido condenados a muerte y ahorcados—, una de las metas que se propuso London fue la de trabajar sobre una historia de la guerra civil española que contase ampliamente la participación en ella de checos y eslovacos. Lo que, entre otras cosas, permitiría que el noble comportamiento de los veteranos brigadistas quedara limpio de culpa y su entrega se reconociera en toda su plena magnificencia.

Y así aborda el tema, ya tan tratado por otros historiadores y escritores, tanto españoles como extranjeros, de ese negro episodio histórico.

Como nos cuenta London en su libro (1), la formación de las Brigadas Internacionales fue aprobada por el Gobierno de la República el 22 de octubre de 1936, siendo sus principales organizadores tanto la Internacional Comunista como los partidos comunistas nacionales; dando cabida en ellas, además de a los militantes comunistas, a socialistas, liberales y progresis-

tas de otras tendencias. Precisamente es la parte en la que narra la participación de estos voluntarios lo que más interés tiene el libro por el profundo conocimiento que sobre este aspecto tiene su autor. De los 25.000 voluntarios que como mucho entraron en España, según Malraux, las pérdidas fueron estimadas en unos 2.000. Participaron en las Brigadas cuadros políticos alemanes e italianos, como Luigi Longo, su organizador; Prieto Nenni, Julius Deutsch, dirigentes de las Juventudes Comunistas francesas, gran cantidad de escritores, periodistas etcétera.

Paralelamente al libro de London, cuya primera edición se hizo en 1963, estando actualmente en el índice de obras prohibidas en Checoslovaquia, se ha publicado en España ahora también una antología de los principales "cronistas de guerra" americanos durante aquel período (2). Se trata de una edición preparada por un especialista en el tema, Gabriel Jackson, que recoge diversos reportajes y crónicas de periodistas de la categoría de Anita Brenner, Herbert L. Matthews, Harold Callender o William P. Carney, tanto sobre los antecedentes del conflicto y la guerra como sobre la política interior, las repercusiones en el extranjero y la evolución posterior de la España nacional, todos ellos apartados en los que divide

Jackson su trabajo. En su introducción, el antólogo señala la importancia que el **New York Times** dio a la guerra civil española, y que refleja en cierta medida la intensa preocupación mundial que produjo la contienda. Antología importante que ofrece la visión ajena de quienes tan sólo tenían que cumplir con su rol informativo.

Volviendo al libro de London, que lleva como título el inicio del himno de los brigadistas, tenemos que constatar que está construido con el carácter científico de un militante comunista que ha demostrado su honradez y su entrega al combate por un socialismo no limitado por dogmas estrechos y paralizadores de la evolución progresista de la sociedad. Militante cuya segunda enseñanza esencial e impulso clave para su vida fue precisamente la epopeya que protagonizó la joven República Española, el espíritu solidario; el entusiasmo revolucionario. El primer acontecimiento decisivo para su toma de conciencia política lo había representado el proceso de Sacco y Vanzetti, que se había saldado con el doble asesinato legal.

Y lo más hermoso de su vida, y de la de Lise, su compañera, a pesar de todo lo pasado, de todo el daño sufrido incluso en nombre de supuestos principios socialistas, se halla en su irrenunciable convicción comunista, en su esperanza en el triunfo definitivo de un socialismo que, eso sí, ya no entienda si no va cargado de libertad y alimentado de humanismo. ■ VICTOR CLAUDIN.

(1) Artur London. *Se levantaron antes del alba...* Ediciones Península.

(2) Gabriel Jackson. *La guerra civil española*. Icaria Editorial.

Gabriel Jackson.



Artur London.



El rapto de la cultura

Un libro escrito en diversas y muy variadas ocasiones, pero —por eso mismo— un libro vivo (1), y —por supuesto— un libro importante del cual se desprenden ideas y análisis de experiencias personales que deben hacernos reflexionar.

Carlos París —su autor— ha sido uno de los hombres más estimuladores, en medio de nuestra aprisionada cultura, sometida a las férreas ataduras

(1) Carlos París: *El rapto de la cultura*. Ed. Mañana. Madrid, 1978.